

Aproximaciones al arraigo y al desarraigo femenino en el medio rural: mujeres jóvenes en busca de una nueva identidad rural¹

Cecilia Díaz Méndez

Universidad de Oviedo. Área de Sociología
33007 Oviedo
cecilia@uniovi.es

Resumen

Los estudios cuantitativos sobre la juventud rural constatan una preferencia de las mujeres jóvenes por el abandono del medio rural. Hemos querido explorar aquí los aspectos cualitativos del desarraigo femenino. Las mujeres rurales que hemos estudiado, de una comarca del Principado de Asturias, viven en una sociedad abierta y global y se ven afectadas por esta apertura, por lo que conforman una percepción de la ruralidad que es nueva. En este escenario, las jóvenes deben tomar decisiones sobre su futuro, deben decidir si permanecer o marchar del territorio donde han nacido.

Hemos encontrado mujeres que tienden al arraigo y otras que se orientan hacia el desarraigo, pero todas ellas se han visto afectadas por un conjunto de factores idénticos, característicos de una sociedad rural en transformación. En este artículo constatamos que las jóvenes hacen un análisis diferente de una misma realidad social.

De momento, las mujeres que han optado por el arraigo reconocen decidir *a contracorriente*; de forma poco objetiva, al margen de las opciones más visibles y dominantes de inserción social y laboral. Aún así, son ellas quienes nos están dando las claves para comprender de qué modo el medio rural puede convertirse en la *mejor opción*, pues estas jóvenes construyen su propia identidad en torno a la ruralidad.

Palabras clave: mujer rural, desarraigo femenino, arraigo, identidad rural.

Abstract. *Approachment to female deep-rootedness and uprootedness in the rural areas: young women in pursuit of a new rural identity*

Quantitative studies on rural youth establish that in general young girls prefer to leave their rural area behind. What we have intended here is to explore the qualitative aspects of female uprootedness. The rural women that we have researched came from an agricultural district in the Principality of Asturias and live in an open and global society, an opening shaping a new conception of rurality. In this new scene, young girls have to make decisions about their future; they must make up their minds about staying in or leaving their birthplace.

1. Este trabajo procede de la investigación dirigida por la autora del mismo y en él han colaborado las sociólogas Paloma Herrera Racionero y Elena Rodríguez Pérez. La investigación ha sido financiada por el Fondo Social Europeo (Proyecto Equal Mass-Mediación), por la Consejería de Industria del Principado de Asturias (Dirección de Formación) y por el Centro para el Desarrollo del Valle del Ese-Entrecabos.

We have found women with a tendency towards rootedness, while others go for uprootedness, but all of them have been affected by a number of exactly the same characteristic factors of a rural society going through a changing process. In this work, we establish that young girls analyse the same social reality differently.

For the moment, the women who have opted for rootedness admit that they have decided *out of step with the times*, not very objectively, leaving out more visible and prevailing options for their social and work insertion. Even so, it is these women who are giving us clues to be able to understand the best way in which the rural world can become their best option because these girls are building up their own identity around rurality.

Key words: female uprootedness, deep-rootedness, rural identity.

Sumario

Introducción: interés analítico del estudio sobre el arraigo femenino en el medio rural	Mecanismos para minimizar los conflictos: en busca de un lugar propio en el pueblo
Metodología y objeto de estudio	Mujeres rurales en la modernidad
La orientación de la decisión hacia el arraigo o el desarraigo	Conclusiones: el arraigo femenino, una pauta de modernidad
El enfrentamiento entre dos mundos: valores tradicionales y valores modernos	Bibliografía

Introducción: interés analítico del estudio sobre el arraigo femenino en el medio rural

El significado más tradicional del mundo rural, explorado por la sociología rural durante décadas hacía referencia a un mundo cerrado sobre sí mismo, aislado y homogéneo (Newby y Sevilla Guzmán, 1983). Implícitamente, se establecía una contraposición entre dos sociedades, la rural y la urbana, enfrentadas y excluyentes, donde el dominio de la ciudad sobre el campo marcaba la pauta de la relación. Esta visión tiene poco que ver con la realidad presente del medio rural. De manera estricta, también tiene poco que ver con el pasado si tenemos en cuenta las críticas que la sociología rural de los últimos años ha hecho de esta dualidad rural y urbano. Desde Sorokin y Zimmerman (1929) hasta los llamados «estudios campesinos» (Shanin, 1979), en la sociología rural se trabaja sobre dos realidades sociales diferenciadas y contrapuestas: la sociedad rural y la sociedad urbana. Dos mundos con rasgos diferenciados en proceso de modernización. En este proceso modernizador el mundo rural caminará hacia su progresiva desaparición en favor del mundo urbano dominante.

Recientemente, la sociología rural ha revisado estas concepciones desde el constructivismo, y ha destacado la complejidad y la diferencia del mundo social y las incompletas y parciales visiones de la ruralidad (Cloke y Little, 1997; Murdoch y Pratt, 1995). Se parte de una idea diferente, lo rural no es un mundo aparte, sino una categoría socialmente construida (González Fernández,

2002). En esta concepción ya no tiene sentido la dicotomía rural / urbano y la visión de un mundo rural condenado a la desaparición pierde sentido, en tanto en cuanto se considera que una sociedad se crea en el proceso de interacción social, es un mundo en un permanente proceso de cambio, de creación. En este proceso ya no existen dos mundos diferenciados, sino sociedades abiertas en permanente relación en las que los individuos mantienen y/o modifican el mundo en el que viven (Berger y Luckman, 1998). Las representaciones sociales sobre la ruralidad, las imágenes y las percepciones que se tienen del medio rural se conforman a partir de la interacción entre individuos de estas abiertas sociedades, es la sociedad quien construye mundos rurales y urbanos.

Pero, además de este cambio conceptual, las sociedades han disminuido sus diferencias. La sociedad rural española ha cambiado en este sentido, aunque siguen vigentes un conjunto de representaciones sobre la ruralidad que buscan la distinción a través de la contraposición en los discursos de lo rural y lo urbano, en el sentido más clásico anteriormente mencionado. Este interés por buscar la diferencia en un mundo cada vez más homogéneo es, como dice Castels (1998), propio de las sociedades posmodernas y se encuentra asociado a la búsqueda de identidad. Esto se da de forma especial entre los jóvenes.

Los cambios que en épocas precedentes diferenciaban a la juventud rural de la urbana, como la situación laboral o el nivel educativo, muestran que las distancias se han aminorado, y hoy nos encontramos con estilos de vida similares entre la juventud de las ciudades y la que reside en los pueblos. Se confirma una tendencia a la homogeneización en parámetros que definen la situación social y laboral de la juventud española, y se constata una menor diferenciación basada en el espacio. No obstante, hay que buscar una explicación al crecimiento del *sentimiento de arraigo* que parece identificar a la juventud rural con su territorio más que en el pasado (González y Gómez Benito, 2002).

En el último estudio sobre la juventud rural del 2002, los autores han considerado arraigo como un sentimiento que queda reflejado en la pregunta sobre «si pudieras elegir ¿te irías del pueblo o te quedarías?» (González y Gómez Benito, 2002). Visto de este modo, la juventud actual está más arraigada que la de los años ochenta, si tenemos en cuenta que la mayoría, un 60%, dice que se quedaría si pudiera, y un 34%, que se iría en caso de poder elegir. Estos autores explican cómo la generación de jóvenes de los ochenta estaba condenada a la inestabilidad, laboral y personal, y se encontraba en una posición más proclive al desarraigo. Hoy, mejorada esta situación tras quince años de cambios que se perfilan en positivo, el sentimiento de arraigo crece.

A través de una encuesta, pueden detectarse algunos de los aspectos ligados al arraigo más objetivos y visibles. Así, González y Gómez Benito indican que en el sentimiento de arraigo influye sobre todo la situación laboral o la condición de estudiante, y que estas variables afectan de forma diferenciada en función del sexo. En términos generales, el desarraigo entre los jóvenes es un comportamiento característico de los varones en paro y de las mujeres estudiantes. Siguiendo su argumentación, en el grado de arraigo parecen influir también las actitudes y las opiniones favorables hacia la vida en los pueblos.

Además, se muestra más arraigada la juventud, sobre todo las mujeres, que viven en poblaciones pequeñas (de menos de mil habitantes en municipios de menos de dos mil). En definitiva los análisis cuantitativos de este informe sobre la juventud rural de 2000 revelan, junto con una mayor tendencia de la juventud actual hacia el arraigo, una mayor desvinculación de las mujeres jóvenes del entorno rural.

Esta mirada sobre el arraigo cuenta con algunas limitaciones, que los propios autores reconocen al indicar que como «no es fácil medir este sentimiento vamos a servirnos de una sencilla pregunta sobre el deseo de emigrar para aproximarnos al mismo» (González y Gómez Benito, 2002: 21). Esta asimilación del concepto a las preguntas de un cuestionario presupone que el sentimiento se exterioriza a través de esa conducta cuantificable, concreta y única. Se asimila desarraigo a intención de emigrar. Es muy probable que la intención de emigrar esté directamente relacionada con la situación ocupacional de los jóvenes, como indican los autores, pero de ahí a considerar que el paro o los estudios son los motivadores principales del desarraigo, limita las posibilidades de intervención y deja sin explicación las conductas que contradicen esta correlación de variables: mujeres que permanecen aún sin empleo, mujeres que rechazan empleos objetivamente existentes en un territorio, mujeres sin estudios que abandonan el pueblo, mujeres que retornan con estudios finalizados o que los truncan para afincarse en el medio rural de procedencia.

No se pretende aquí contradecir las observaciones de la mencionada investigación cuantitativa, sino introducirse en los aspectos cualitativos no detectados en ella, y que puede completar la imagen del desarraigo y del arraigo aportada por el trabajo de González y Gómez Benito². Parece apropiado adentrarse en el análisis de un *sentimiento* que, a buen seguro, responde a aspectos culturales más amplios y complejos que las oportunidades objetivas de empleo o formación. Por este motivo, hemos optado por un análisis en profundidad del colectivo de mujeres jóvenes rurales, el colectivo más proclive al abandono del medio rural en Asturias y en el resto del Estado español (González y Gómez Benito, 2002) y cuya marcha preocupa a los responsables políticos y a la ciudadanía residente en el medio rural de esta región, Asturias, caracterizada por importantes desequilibrios demográficos³.

2. Naturalmente, esta aportación cualitativa, como todos los estudios de este tipo, cuenta con las limitaciones que comporta explorar un fenómeno social en un territorio limitado y apoyándose en estudios de caso. Como en toda investigación cualitativa, se opta por la relevancia social frente a la representatividad estadística. En este sentido, la mejor justificación del interés de un acercamiento cualitativo se lo otorga la existencia de un estudio cuantitativo previo, como el que usamos aquí de referencia, que abre camino a los aspectos no explorados a través de la encuesta.
3. Los autores agrupan las regiones españolas en cuatro categorías según el porcentaje de desarraigo se aleje más o menos de la media. La Cornisa Cantábrica es catalogada de desarraigo moderado, en tanto en cuanto las cifras se sitúan ligeramente por debajo de la media nacional, se contabiliza el arraigo masculino en el 26% y el femenino, en el 36% (González y Gómez Benito, 2002).

A lo largo de este trabajo, vamos a explorar los factores que se encuentran en la base de la decisión de las mujeres jóvenes de abandonar el territorio o afianzarse en él. Paradójicamente, ante unas circunstancias similares, unas mujeres deciden alejarse del pueblo y otras optan por la permanencia. Esta decisión es tomada por ellas en un entorno potencialmente conflictivo en el que los valores de la modernidad urbana chocan con el tradicionalismo rural más propio de otras épocas. La familia y la comunidad son los referentes de identidad, pero en su seno las jóvenes viven conflictos entre géneros y entre generaciones. Unas jóvenes deciden diferenciar claramente estos dos mundos, alejarse de aquél que menos responde a sus expectativas e intereses: se marchan del pueblo. Otras, las que se quedan, tienen una posición más compleja, pues no desean ni renunciar a sus aspiraciones personales ni rechazar el mundo rural. Buscan conjugar ambos mundos, en un interesante proceso de conciliación que les permite construirse como mujeres rurales.

Metodología y objeto de estudio

Es bien sabido que todo marco conceptual proyecta sobre el objeto de análisis percepciones y valores que no lo son del objeto, sino, más bien, de quienes elaboran el propio marco teórico. También es ya un lugar común la imposibilidad de pretender unas categorías de análisis *libres de valores*. No se trata sólo de pensar, en nuestro caso, en las mujeres rurales, sino de saber qué piensan ellas, de dejar entre paréntesis los propios prejuicios, insertos en muchas de las categorías de análisis al uso, y adentrarnos en los suyos. Habría que intentar no sólo pensar *en* ellas, sino *desde* ellas, pues ellas son las que saben qué necesitan, qué rechazan, qué buscan.

La sociología, la antropología o la geografía han desarrollado diferentes enfoques teóricos que nos permiten comprender situaciones que no son fácilmente identificables, y han desarrollado metodologías que nos ayudan a adentrarnos en los *porqués* de las mismas. Por un lado, las técnicas cuantitativas nos ofrecen una radiografía de un estado coyuntural concreto (Ortí, 1986: 195). Por otro, las técnicas cualitativas, como las entrevistas abiertas y los grupos de discusión, nos facilitan acercarnos a las personas tal y como ellas mismas se perciben en el seno de sus entornos y sus circunstancias concretas, a las concepciones que tienen de sí mismas, de sus realidades y de sus problemas. Se *hace hablar* a los protagonistas con el fin de profundizar en problemas y concepciones de difícil estructuración y en ocasiones no del todo conscientes. Si con las entrevistas abiertas pretendemos profundizar en las motivaciones más personalizadas de casos individuales, con los grupos de discusión pretendemos captar las representaciones ideológicas de nuestro colectivo objeto de estudio. Se aspira a reproducir un discurso en el que la conversación en el caso de la entrevista, y la discusión, en los grupos, hagan aflorar las representaciones ideológicas: creencias, deseos, resistencias, temores, anhelos, etc.

El análisis tratará, por tanto, de aprehender lo que la gente dice y hace, todo aquello tal y como es producido por los participantes a través del len-

guaje. Se presta, así, especial atención al lenguaje, un lenguaje que no representa simplemente realidad, sino que forma parte de esa misma realidad, ya sea para constituirarla, ya sea para modificarla.

Las entrevistas han pretendido que las jóvenes puedan narrar sus historias de vida con naturalidad, sin forzar el discurso. Las áreas exploradas han sido las siguientes: un primer acercamiento, de carácter descriptivo, sobre la situación de las personas con las que convive la joven. Un segundo momento, más narrativo, en el que se explora la situación familiar en la que se encuentra. En un tercer momento, se orienta la conversación hacia los aspectos formativos, para ahondar, posteriormente, en los laborales. Se afronta un bloque siguiente relacionado con la vinculación doméstica de la joven, para pasar luego a solicitarle el relato de la forma en que disfruta del ocio y del tiempo libre. Se termina hablando del propio pueblo y del municipio de residencia, para culminar la entrevista con un conjunto de cuestiones claramente valorativas sobre las imágenes que la joven tiene de su propio futuro y del futuro del territorio.

El recorrido permite, de una forma sencilla y con una mínima estructura, conocer las situaciones de cambio en la vida de las jóvenes, estableciendo relaciones entre su pasado, su presente y su futuro. Tres momentos históricos que quedan entrelazados en la narración que la propia joven realiza y que la entrevistadora ha dejado fluir al ritmo y con el orden que la propia joven ha elegido⁴.

El carácter exploratorio del estudio y su ámbito específico de observación debe ser tenido en cuenta: no estamos analizando a todas las mujeres rurales, ni siquiera a las más representativas de entre ellas, sino a un segmento determinado que nos permitiera captar el porqué, más allá de los tópicos, de la permanencia en los pueblos o su abandono. Es decir, no estamos buscando una representatividad estadística (que a partir de una muestra, extraída de una población mediante un procedimiento determinado, permita inferir ciertos rasgos generalizables al conjunto de esa población), sino una representatividad cualitativa, a partir «de la suposición de común inconsciente colectivo generada en la matriz del estrato social» (Callejo, 2001: 113).

La muestra cualitativa seleccionada responde a un conjunto de criterios que representan pautas de cambio en el medio rural español. Se considera el proceso de desagrarización. Las mujeres estudiadas representan mayoritariamente a una población que se ha caracterizado, no sólo por el abandono progresivo de la actividad agraria, sino por la particular desvinculación de las mujeres jóvenes de esta actividad⁵. Hay mujeres agrarias en la muestra, pero son

4. Las entrevistas han sido realizadas por la socióloga Elena Rodríguez Pérez y los grupos de discusión han sido analizados por Paloma Herrera Racionero, profesora de sociología de la Universidad Politécnica de Valencia.
5. Curiosamente, Asturias es una de las regiones donde más han crecido las titularidades agrarias femeninas, superando incluso a las masculinas en el último Censo Agrario, pero en este grupo no se encuentran apenas mujeres menores de treinta y cinco años. La feminización de la agricultura familiar ha sido analizada en detalle por García Bartolomé y desarrollada

una minoría de este colectivo. También en minoría estadística han quedado las mujeres dedicadas a las actividades domésticas. Aparecen en nuestra muestra cualitativa para explorar esta situación, pero de nuevo se tratan como un caso en retroceso. Hemos dado, sin embargo, más peso al criterio de cualificación. Las mujeres con formación, sea ésta universitaria o no, aparecen representadas cualitativamente. Los estudios han sido una opción particularmente femenina en el medio rural de las últimas décadas, y el alejamiento del mundo agrario y doméstico se ha concentrado, en el caso de las jóvenes, en la categoría de estudiantes (González y Gómez Benito, 2002). Junto a estas jóvenes con estudios, otras con fracaso escolar o con itinerarios educativos rotos también forman parte de la muestra.

La edad, obviamente presente para hacer clasificaciones dentro del colectivo juvenil, no ha tenido particularidades aquí. Hemos optado por las edades consideradas en la mayoría de los estudios nacionales de juventud: se es joven entre los quince y los veintinueve años, si consideramos sólo la edad⁶. La muestra es así, *cualitativamente representativa* de la realidad que define hoy a la mujer rural española y a la asturiana en particular.

Por otra parte, se hace necesario llegar a un acuerdo sobre el concepto de ruralidad. Aunque las fuentes estadísticas ofrecen un criterio basado en el número de habitantes de una localidad y en el número de habitantes de un territorio, esto resulta insuficiente para un mundo rural amplio, heterogéneo y diverso como el asturiano. No hemos pasado por alto esta ambigüedad, y hemos optado por elegir la población objeto de estudio combinando la ruralidad no cuestionada, en la estadística oficial (mujeres de poblaciones de menos de dos mil habitantes), e incorporando al análisis a aquellas mujeres residentes en *las villas* o en las poblaciones de servicios de menor tamaño⁷.

En definitiva, nuestro objeto de estudio es el arraigo y el desarraigo, definidos como un conjunto de pautas culturales de implicación o desvinculación del territorio⁸.

en el tomo I del Libro Blanco de la Agricultura y el Desarrollo Rural (<http://www.libroblancoagricultura.com>) y responde más a una agricultura en regresión que a un sector en proceso de profesionalización.

6. En la decisión sobre el perfil juvenil, hemos utilizado los datos del trabajo *Estilos de Vida de la Juventud Asturiana* (2002), dirigido por Novo Vázquez y de la que es coautora Díaz Méndez. Esta investigación ha sido financiada por el Instituto Asturiano de la Juventud y aún no ha sido publicada.
7. En todos los casos analizados, como veremos más adelante, las mujeres se consideran rurales, sean de Navelgas, parroquia con 493 habitantes, o de Modreiros, que tiene solamente 32, o de capitales como Salas, con 1.567 (*Nomenclátor de entidades de población de Asturias*, 2001, SADEI, INE).
8. Gómez Benito ha realizado una exploración específica sobre el arraigo juvenil con datos del estudio de la *Juventud rural 2002*, del que es coautor. Estos datos han sido presentados recientemente en el VI Congreso Vasco de Sociología (febrero de 2004). Utilizaremos este trabajo como referencia cuantitativa y reseñaremos sus resultados a pie de página, siempre que sea posible ofrecer el contrapunto estadístico a los factores de arraigo explorados cualitativamente en nuestro trabajo.

Hemos explorado a las jóvenes de la comarca denominada Valle del Ese-Entrecabos, que comprende cinco municipios (Allande, Cudillero, Salas, Tineo y Valdés). Con los criterios de ruralidad antes mencionados sobre las jóvenes, se realizó un análisis cuantitativo para delimitar las variables básicas (distribución de edad, sexo, nivel educativo, situación laboral) a partir del cual se seleccionó una muestra cualitativa que sirvió de referencia para la elección de las participantes en los tres grupos de discusión (treinta y cinco mujeres) y las diecisiete entrevistas en profundidad realizadas. La muestra cualitativa se apoyó en la variable edad, en el tamaño poblacional de su lugar de origen, la ocupación de su familia (familia agraria o no agraria), la formación de la entrevistada (alta, media y baja) y su ocupación laboral (ocupada o parada). En los grupos de discusión, se utilizó como variables de corte la formación (uno de jóvenes sin estudios, otro de jóvenes con estudios medios y superiores y otro de jóvenes estudiantes de bachillerato). Por último, nos servimos de un cuestionario con preguntas abiertas referidas a la situación de las mujeres jóvenes rurales, que cubrieron cincuenta y dos personas vinculadas al territorio, consideradas informantes clave o informantes cualificados. De este modo, recogimos, por un lado, la información de las mujeres implicadas directamente en el objeto de estudio, por otro lado, la valoración desde fuera de la situación de estas jóvenes en los territorios de estudio.

La orientación de la decisión hacia el arraigo o el desarraigo

Las jóvenes del siglo XXI viven hoy en un mundo rural menos diferenciado del urbano que en las décadas anteriores (García Bartolomé, Díaz Méndez y Herrera Racionero, 2002). Ellas conocen la vida urbana de forma directa, a través de los estudios o a través del trabajo y el ocio. A la vez, comparten vivencias con personas que han conocido el mundo rural asturiano más tradicional y agrario. Pero ellas pertenecen a una generación *móvil*, habituadas a mantener relaciones fluidas entre los pueblos y las ciudades. Estas chicas son las mejores representantes de un mundo globalizado y abierto al que no es ajena la sociedad rural actual.

Su decisión de permanecer o alejarse del territorio se toma en un escenario dual en permanente convivencia, y en el que hemos podido detectar dos tipos de conflictos: entre géneros y entre generaciones.

Si se da un enfrentamiento abierto, la visión del mundo rural y el mundo urbano se polariza. *Lo* rural y *lo* urbano se vuelven dos mundos diferentes y contrapuestos, y se opta por uno de ellos. El mundo rural queda adscrito a los ámbitos de la vida más tradicionales, propios de sociedades atrasadas y envejecidas, y el mundo urbano aparece asociado a la modernidad y a la juventud. Pero es más compleja la decisión de aquellas mujeres que buscan la conciliación entre estos dos mundos, aquéllas más proclives al arraigo.

Los análisis de las entrevistas y los grupos de discusión nos han permitido detectar algunos de los aspectos a través de los cuales las mujeres jóvenes rurales van construyendo su vinculación o desvinculación con el mundo rural en

el que han nacido y crecido. De forma peculiar, los motivos que sirven de base para la construcción de estas contrapuestas opciones son, paradójicamente, coincidentes. Unos factores ejercen una influencia integradora sobre las chicas y esos mismos factores contribuyen al desarraigo de otras. Como vamos a ver a continuación, ante unos hechos *objetivos* similares, unas mujeres se alejan del territorio y otras se afianzan en él.

Hemos podido constatar una **socialización** favorable a la vida en el medio rural. Así lo expresa una joven ganadera: «A mi me gustan, me gustan las vacas [...] prefiero las roxas, será porque son las que siempre tuvimos». Crecer en un entorno en el que lo rural es una forma de vida valorada y respetada, y en la que la familia crea unos vínculos con el entorno, hacen que la vida de estas jóvenes cuente con referentes de relación fuertes. Los lazos familiares, los contactos vecinales, conforman un estilo de vida rural que la propia familia se encarga de transmitir a sus descendientes y que las jóvenes conocen bien. Algunas mujeres, sin embargo, no han recibido una socialización favorable hacia lo rural: «mi madre me anima a que me vaya [...] que conozca otras cosas». Las madres parece que han tenido que ver en este proceso de desvinculación de lo rural, ayudando a que las chicas jóvenes busquen alternativas de vida fuera del territorio y de la familia de origen.

Otro de los factores influyentes para el arraigo o el desarraigo, característico de los grupos humanos residentes en el medio rural, es el **familismo**. La familia rural funciona como un todo integrado. Se trata de un grupo social interrelacionado y que tiene, como grupo, objetivos compartidos y apoyados por sus miembros. Esta concepción de familia rural parecía (o parece) perdida en el tiempo y asociada a la ruralidad agraria. Sin embargo, hemos encontrado una tendencia fuerte entre estas jóvenes a responder a los designios familiares dejando en un segundo lugar sus opciones como individuo. Así se puede ver en un comentario de una joven: «Justo en el momento en que finalicé mis estudios fue cuando mi madre se puso enferma y tuve que venir a hacerme cargo del negocio, porque, bueno, mi madre es viuda». No es casualidad que en estas decisiones influya de manera decisiva la continuidad de un negocio familiar. Esta interrelación laboral hace que la joven perciba, como el resto de los miembros del grupo, que su presencia es decisiva para el sostenimiento del grupo familiar, de ahí que adquiera una responsabilidad que se da por supuesta en esta peculiar forma de organización laboral. Pero la **desfamiliarización** que afecta a la actividad agraria, la separación entre familia y trabajo característica del mundo agrario tradicional (González, 1993) también ha afectado a la formación de los itinerarios de las chicas jóvenes. Algunas familias optan por favorecer vías individuales de inserción de sus hijos, y en el caso de las jóvenes, esta individualización se instrumentaliza a través de la formación. Así lo cuentan las jóvenes en un grupo de discusión:

—Mis padres me dicen que siga, que aquí no hay nada.

—Vamos, yo creo que lo dicen todos los padres, que estudiemos y que nos vayamos ahí.

—Sí, siempre dicen eso *pa* que mejores, *pa* que..., yo que sé. Igual lo que ellos no pudieron hacer, que tu sí puedas, que te des esa oportunidad, que por lo menos no..., no tengas que hacer..., o sea, lo que quieras.

Otro factor que influye en las jóvenes a la hora de permanecer o de marcharse de su territorio es la **formación**. La formación separa a la gente joven del medio rural desde edades muy tempranas: «al principio lo llevas mal..., dejar tu pueblo tan pequeño...». Esta imagen es una constante en los discursos de las entrevistadas, que manifiestan el alejamiento físico (y mental) que ha supuesto para ellas. La formación abre una brecha entre el pueblo y la ciudad, que se agranda en tanto en cuanto se da continuidad a la formación. De una manera no siempre consciente, la lejanía del entorno a través de los estudios va separando a las jóvenes de sus orígenes. Pero también las dificultades económicas de las familias bloquean las salidas a través de la formación y son a veces el detonante de la interrupción de los estudios, pues las jóvenes no cuentan con recursos para mantenerse económicamente dependientes de la familia de origen. En otros casos será el fracaso escolar lo que cierre la posibilidad de salida del pueblo a través de los estudios. No se trata tanto de una vía de arraigo, sino de una imposibilidad de elección.

El ocio es otro de los factores influyentes. El ocio se ha consolidado tanto en el ámbito urbano como rural, como la vía por excelencia de la socialización entre pares. Las jóvenes entrevistadas hablan del ocio como de un área relevante en sus vidas, como un conjunto de prácticas que implican relaciones entre personas de su misma edad en bares y otros locales de diversión y en centros de compras y de espectáculos, y esto suele encontrarse fuera del pueblo. La falta de jóvenes en los pueblos es sin duda un problema para las chicas, al igual que la distancia geográfica de los centros de ocio de sus lugares de origen: «El pueblo está muy limitado, la villa no tiene centro de ocio, no tiene cine, no tiene nada..., por el invierno es un pueblo muerto. A la hora de salir, nos gusta salir de aquí, movernos, ir a un sitio u otro... Cuando tenemos tiempo libre tampoco nos gusta pasarlo aquí sino salir». La clave para analizar si esta falta de oportunidades de ocio juvenil es decisiva para el desarraigo, se encuentra en la valoración que las jóvenes hacen de sus opciones. Para algunas se resuelve con la movilidad geográfica, y el coche es un instrumento clave para que la distancia sea un problema menor. Se acepta que el ocio y las relaciones entre jóvenes se ubiquen fuera del territorio: «todos tenemos carné y todos tenemos coche, pues a la hora de movernos, pues..., pues nos vamos siempre en coche, por ejemplo vamos al cine, o de marcha...». Para otras, esto es un problema insalvable que contribuye al desarraigo y acrecienta las críticas hacia la vida en un mundo rural incapaz de ofrecer a la juventud unas relaciones acordes a sus expectativas⁹. Una joven es muy expresiva al contarlo:

9. González y Gómez Benito han explorado el efecto de la distancia a través de un indicador que muestra la distancia media entre la entidad de residencia y la capital o el núcleo urbano más próximo. El desarraigo es menor en las localidades que se encuentran a menos de

«Aquí me aburro, no hay nada..., todo gente mayor..., ni un bar para salir a tomar una café con las amigas... Tienes con quien hablar, pero ninguno son de tu edad».

Por último, la percepción de que el municipio ofrece oportunidades de desarrollo personal¹⁰, particularmente **opciones laborales** para poder independizarse de la familia de origen, configura el elemento sobre el que gira la percepción más favorable y racionalizada hacia lo rural y hacia la permanencia en el pueblo¹¹. A partir de esta premisa, si la independencia se ve bloqueada por la falta de empleo, comienzan a pesar otro tipo de factores, tanto para quedarse como para marcharse. La falta de empleo, más acuciante para las mujeres, constituye un problema real. Así lo dice una joven ganadera: «Es que aquí *nun* vamos a poder subsistir, no hay trabajo, no..., es que no..., está todo muy mal, de una ganadería pequeña *nun* puedes vivir [...] la vida *nun* te da para vivir aquí... O sea, que más tarde o más temprano vamos a tener que marchar». Si, por el contrario, se ve favorecida la inserción laboral, el arraigo cuenta con más probabilidades. Una joven empresaria de la hostelería comenta: «aquí de lo que hay trabajo es si tienes un negocio propio como nosotras». Sin embargo, hemos observado que la familia pesa de manera significativa en la decisión de las mujeres de aceptar empleos en el territorio y fuera de él. Algunas jóvenes confirman que aceptan actividades que no se corresponden con su formación, pero la permanencia en el pueblo y la cercanía a la familia de origen matiza esta decisión transformándola en una opción positiva que las arraiga al territorio. Para otras, la falta de un empleo acorde con su formación es la clave para comprender la decisión de marchar. El desprestigio de algunas actividades también las disuade, y eso es particularmente característico de la ganadería. Se puede observar la negativa de una joven rechazando esta actividad: «¿Llevando una ganadería? Que no, que no, que no, no..., que no me imagino».

El enfrentamiento entre dos mundos: valores tradicionales y valores modernos

Hemos visto que los mismos factores pueden ser motivadores para que unas jóvenes abandonen el territorio o pueden contribuir al arraigo en otras. La

40 kilómetros del núcleo urbano más cercano, aunque el aumento del desarraigo no sigue una proyección lineal.

10. La incertidumbre sobre la permanencia o la marcha de un territorio rural es algo mayor en la juventud de las localidades más pequeñas (González, Gómez Benito, 2002).
11. Con datos del citado estudio de juventud rural nacional, el 67,7% de los jóvenes que trabajan se quedarían, frente al 54,5% de los que buscan empleo o el 53,2% de los que estudian. Entre los varones influye en esta decisión sobre todo la situación laboral, el desarraigo aumenta hasta el 41,1% entre los parados y descendiendo al 26,9% entre los ocupados. Entre las mujeres influye más la condición de estudiante, pues el 45% de las que estudian se irían si pudieran elegir, y eso lo afirma el 33,7% de los chicos. Entre las paradas el porcentaje es similar al de los varones, un 41% se irían si pudiera y es mayor que en el colectivo de varones entre las ocupadas, se irían si pudieran el 32% de ellas.

polaridad de opciones es una constante en la vida de estas chicas: la familia atrapa y empuja a marchar, la comunidad constriñe y protege, el trabajo desarraiga o enraíza, el ocio aleja y afianza. Los mismos factores que son expresados en los discursos de las jóvenes como generadores de arraigo son analizados por ellas mismas como provocadores de desarraigo. Esta paradoja nos obliga a adentrarnos con mayor precisión en la decisión de permanecer en el territorio o abandonarlo.

Hemos constatado que las jóvenes rurales dan muestra de encontrarse en situaciones potencialmente conflictivas. La presencia de valores más cercanos a la ruralidad tradicional, junto con valores más próximos a la modernidad o la posmodernidad, nos muestran dos potenciales conflictos, un conflicto entre generaciones y un conflicto entre géneros.

En el **ámbito familiar**, las cosas están cambiando. En el mundo campesino más tradicional, los valores comunitarios y familistas favorecen a las jóvenes, a través de la protección que el grupo ejerce sobre sus miembros. Pero, además, las familias facilitan su inserción social, y una parte del éxito de este proceso se encuentra en la asignación de roles femeninos claros, característicos de este mundo tradicional y diferenciados de los roles masculinos (González Quevedo, 2002). Dentro de la familia, se da por supuesto un reparto desigual de tareas basado en el género, lo que implica, entre otras cosas, la asunción por parte de las mujeres de las tareas del hogar sin la participación del varón. Esta concepción otorga a la mujer además un papel subordinado y secundario, que, sin reflejarse hoy de forma autoritaria por imposición, es cuestionado, con mayor o menor firmeza, por las jóvenes entrevistadas.

Una buena parte de esta concepción tradicional del mundo es reconocida, aceptada y asimilada por las jóvenes. Así se ve en este comentario de una joven que se encarga de la ganadería familiar y que percibe el hecho de ser mujer como una limitación, a pesar de realizar cotidianamente todo el trabajo de la explotación y llevar dos años al frente del negocio: «Pues es que ahora, no sé..., se hacen muchas cosas y si ya es difícil para un hombre solo, imagínate para una mujer, que tienes la mitad de la fuerza por mucho que quieras. Entonces es eso, yo ahora mismo estoy sola, y pues ese es un problema».

Pero, naturalmente, esta socialización tradicional, asociada a un mundo rural en proceso de transformación, convive con un mundo más asimilable a la ciudad, que comienzan a conocer las jóvenes a edades tempranas. Ellas han estado en contacto con agencias de socialización orientadas hacia el individuo, características de la modernidad, y dominantes en la sociedad actual (el sistema educativo, la televisión, etc.). Han ido captando un mundo cada vez menos diferenciado y más interrelacionado, donde el individuo es el centro de las acciones, de los intereses y de las decisiones.

La propia juventud cuestiona este comportamiento tradicional, y reclama una mayor autonomía en sus vidas, esperando contar con capacidad para tomar decisiones al margen de la familia. Las jóvenes reclaman poder para tomar decisiones basadas en sus gustos y preferencias, y no en la situación del grupo familiar al que pertenecen. Pero reclaman además una mayor igualdad en las

decisiones y la consideración de su opinión como mujeres. Así lo expresa esta mujer: «Aparte de ser mujer y ellos hombres, por la educación que reciben aquí es que es muy machista [...] y tu tienes que hacer la comida, limpiar y recoger y ellos no..., te quemas, te quemas... Ya estoy cansada... A veces tengo la sensación de estar viviendo la vida de otros y..., tengo que vivir por mí misma».

Los propios progenitores también se saben con limitaciones para lograr la inserción social y laboral de sus descendientes en un mundo en el que sus recursos ya no son operativos, y se muestran incapaces para retener a las generaciones de jóvenes. Saben además que las jóvenes no esperan resolver sus problemas a través del matrimonio, vía tradicional de posicionamiento de la mujer en el grupo y la comunidad.

Con la **comunidad vecinal**, las cosas son semejantes. La juventud no encuentra en este entorno un lugar para los vínculos con un grupo de pares, un espacio de relación entre gente de su generación. El desarrollo de una parte de su socialización como jóvenes está bloqueado en muchos de los pueblos del medio rural asturiano. El envejecimiento y la masculinización de la población lo impiden. Este desequilibrio generacional deja en evidencia la imposibilidad de cambiar tendencias, de vislumbrar un futuro mejor.

Además, aunque no con el mismo rechazo, las jóvenes mencionan cómo les afecta el control social de las comunidades. Sobre todo parece condicionarles la vida en pequeños núcleos de población, porque les limita la posibilidad de establecer vínculos personales con la libertad que se otorga a los varones jóvenes o con la posibilidad que ofrece un entorno más anónimo. Los efectos de este control social sobre el comportamiento femenino se ven, sin embargo, mitigados, en tanto en cuanto el ocio y las relaciones con personas de su edad se establecen fuera de la comunidad¹². Lo explica una joven: «Si te gusta llevarte bien con la gente, no necesariamente vas a tener problemas [...] o si eres una persona que bueno, que te gusta saludar a la gente, te gusta charlar, no te va a faltar gente para estar a gusto [...] puede ser muy aburrido el día a día, [...] y te ibas a sentir un poco controlada, porque claro, es lo que pasa, en el pueblo nos conocemos todos [...] hombre tampoco es algo así tremendo ¿no?».

En definitiva, las mujeres están intentando conciliar estos dos mundos —el tradicional característico de la sociedad rural y el moderno más urbano—, aunque esto no resulte sencillo para ellas. La percepción de la dualidad se capta con claridad: «Yo pienso que la gente que está en el pueblo y que nunca sale de lo que

12. Aunque no hayamos podido detectarlo en nuestros casos de estudio, es probable que también la edad medie en esta percepción. González y Gómez Benito constatan que la juventud de más edad tiene una mayor preferencia por la vida en los pueblos que los más jóvenes, un 71,3% de los que tienen entre 25 y 29 años afirman preferir la vida en los pueblos frente a la vida en las ciudades, este porcentaje baja al 66,8% entre los menores de 20 años. Así mismo, hay más mujeres (30,2%) que hombres (25,8) que encuentran más ventajas en la ciudad que en los pueblos.

es el pueblo, el entorno, es que no..., no sabe de lo que es la vida... Viajar te descubre cosas nuevas, ver otro tipo de vida..., es positivo..., son dos mundos». Este mundo tradicional, apoyado básicamente en la familia y la comunidad, es ensalzado y denostado, y las jóvenes parecen vivir en un permanente conflicto entre los valores que comparten y los que cuestionan. *Ser rural* hoy es algo poco definido y ambiguo. Como dice una joven: «Somos diferentes, parece que no pero son cosas que ellos no captan, que yo capto porque yo noto la diferencia..., no hay más aldeano que alguien de ciudad».

Los atributos de la ruralidad en la modernidad son complejos, pues la dicotomía rural/urbano que diferenciaba con claridad dos mundos e incluso los contraponía, no sirve para quien desea hacerlos compatibles. Como afirma una joven: «los que no están a gusto en el medio rural es que no son rurales».

Mecanismos para minimizar los conflictos: en busca de un lugar propio en el pueblo

Algunas de las jóvenes de nuestro estudio han optado abiertamente por el rechazo al mundo rural. Han cambiado sus referentes por formas de vida en las que el mundo rural no esté presente y donde no es preciso ajustar pasado, presente y futuro permanentemente¹³. Pero las mujeres que no renuncian a la vida en el pueblo saben que deben convivir con esta situación, contradictoria y potencialmente conflictiva. El continuo pasado, presente y futuro, que ha servido de eje para nuestras entrevistas individuales, refleja un proceso de *construcción social de la ruralidad* por el que navegan las jóvenes (Giddens, 1994). Para salir airosas de esta situación, no sólo necesitan interiorizar las realidades preexistentes, sino también construir sus propias representaciones de la realidad social que les toca vivir en presente y conjuarlas con sus expectativas de vida. Y además actuar, ser actores con sentido propio en esta sociedad.

Las jóvenes que no renuncian a la vida en el pueblo cuentan, al menos, con dos mecanismos que minimizan los conflictos potenciales de valores, tanto entre géneros como entre generaciones, y que les permiten avanzar en la búsqueda de un lugar propio en este escenario de ruralidad moderna que hemos comentado anteriormente. Estos mecanismos son de dos tipos: de integración laboral y de integración comunitaria.

Las mujeres realizan un claro intento de suavizar las diferencias generacionales particularmente en la familia de origen. Evitan el enfrentamiento abierto y buscan vías de concordancia entre las posiciones de sus progenitores y las suyas propias. En los casos que hemos analizado ha sido el empleo de la joven lo que ha conseguido conjugar estos dos mundos: la esperada permanencia en

13. Se constata estadísticamente que el sentimiento de arraigo aumenta paralelamente a la creencia entre la juventud de que van a seguir viviendo en el pueblo en los próximos años. Entre los que creen que van a seguir en el pueblo en los próximos años hay más mujeres que hombres, un 25,4% frente al 19,7% (González, Gómez Benito, 2002).

el territorio y la posibilidad de autonomía dentro del grupo familiar. Así lo relata una joven: «Entonces yo decidía ponerme a trabajar, porque además mi novio y yo, pues..., tenemos vistas de hacer una casa para llevar una vida juntos, para tener una independencia, y yo sin trabajo no puedo». Las jóvenes que se han hecho cargo de los negocios familiares representan, más que ninguna otra, esta opción. Conjugan, a través del trabajo familiar, del que se hacen responsables, los intereses familiares y los suyos propios. Ponen a prueba sus capacidades formativas mejorando el negocio familiar y se reposicionan en la familia, no sólo como hijas, pues ésta sería una renuncia a sus intereses personales, sino como valedoras de la continuidad del grupo familiar. Pero, además, también estos nuevos papeles modifican el rol tradicionalmente asignado a las mujeres, otorgándoles el protagonismo que se reservaba tradicionalmente a los varones. Esta nueva posición es un triunfo en su autonomía personal y en sus derechos como mujeres.

Al margen de este ejemplo paradigmático de autonomía personal dentro de la familia de origen, es el empleo lo que le permite a las jóvenes alcanzar esta posición propia en el territorio en el que vive. Y esto ha calado profundamente en ellas. El discurso objetivado de falta de empleo, de falta de oportunidades laborales para mujeres, no responde tanto a sus necesidades económicas (en muchos casos están protegidas por el grupo familiar), como a sus prioridades de independencia y autonomía personales. La familia o la pareja puede respaldarlas económicamente, pero esto es claramente insuficiente para ellas. El empleo les ofrece a ellas algo que a los hombres se les supone, una posición social frente a la comunidad y a la familia. El empleo es a la vez la manifestación del triunfo en su autonomía personal y en sus derechos como mujeres.

Además, las jóvenes han desarrollado otro mecanismo integrador que les permite situarse, con sentido propio, en sus pueblos de origen: han buscado vías propias de participación social en la comunidad. Se trata de un tipo de participación que modifica los papeles tradicionales de género y que les hace cobrar valor ante la comunidad como movilizadoras de un entorno necesitado de dinamismo. Las jóvenes comparten con la población local la preocupación por el futuro del territorio. Perciben con incertidumbre el futuro de sus pueblos, de sus familias, de ellas mismas en él. Las redes comunitarias tradicionales han ido perdiendo peso y, en general, al estar basadas en el poder, generalmente masculino, y la jerarquía de la comunidad local, no han propiciado la participación femenina en ellas. Pero el declive de estas formas de participación se deja sentir en las comunidades, pues con frecuencia no sirven de referente para mantener la comunicación ni las redes locales.

Con la instauración de la democracia se han ido consolidando nuevas formas de cooperación vecinal: asociaciones, grupos locales, cooperativas, etc., en las que la juventud sí parece haberse integrado. Estas formas institucionales de cooperación ofrecen lo mismo, cohesión social y vías de comunicación, pero de manera diferente, más acorde con los valores que estas jóvenes comparten, democracia y participación abierta. Pero si hasta hace bien poco esta

participación estaba aún limitada para las jóvenes¹⁴, ahora han emergido con fuerza en un mundo asociativo en muchos casos liderado por ellas mismas¹⁵: «Me gusta hacer cosas nuevas..., y va y ahora montamos una asociación..., o lo que sea con tal de animar un poco el cotarro». Esta participación social se convierte, así, en una forma de no quebrar los valores comunitarios, de no renunciar a ellos, de utilizar el espíritu tradicional apoyado en la colectividad y las relaciones estrechas y presentar otras maneras de hacer, más acordes con sus nuevos valores y en las que claramente se manifiesta la presencia pública de las jóvenes, con todos sus derechos como ciudadanas. Aminoran los conflictos, tanto los generacionales como los de género y las jóvenes emergen con fuerza en este complejo espacio social a través de la participación.

Tanto en el caso de la integración laboral como en este proceso de integración comunitaria, algunas jóvenes logran con éxito encontrar un lugar para ellas en el territorio. El trabajo cercano a la familia de origen, y la participación asociativa vinculada a la localidad, se convierten en mecanismos de integración en tanto en cuanto logran el objetivo de cohesión entre dos mundos. Y es así, sobre todo porque lo logran rompiendo la barrera de la diferenciación de género y de la jerarquía generacional, aspectos estos incompatibles con la nueva ruralidad que las jóvenes desean, una ruralidad que conjuga muy acertadamente pasado y futuro.

Mujeres rurales en la modernidad

Los discursos de las jóvenes no manifiestan una ruralidad evidente, sus narraciones no muestran una diferencia clara entre ellas y el resto de la juventud asturiana: trabajan o buscan trabajo, se divierten en los lugares de ocio de la juventud, estudian en centros formativos como cualquier joven, viven con sus padres. Y, sin embargo, insisten en presentarse como mujeres rurales. El peso de la diferenciación se constata en las entrevistas. El deseo de ser de un pueblo, de ser diferente, de valorar otras cosas, de vivir de otro modo. Y no es fácil tener objetivos personales propios de la modernidad y, a la vez, desear no perder ese indefinido y ambiguo sentido rural de la vida. De ahí que muchos de los discursos que nos hemos encontrado sean discursos confusos, que reflejan el conflicto que viven estas jóvenes por encontrar un lugar en el mundo, un lugar en su pueblo.

Quizás estas jóvenes son un claro ejemplo de cómo interpretar hoy la ruralidad. No se trata de verlo como un conjunto de atributos concretos y cerrados, sino que la ruralidad hoy está en proceso de elaboración. Se trataría de un proceso de construcción conceptual y las jóvenes nos lo muestran, pues ellas deben construir una nueva realidad a partir de las representaciones sociales de los

14. Puede verse, en este sentido, el trabajo de Prieto Lacasi sobre el asociacionismo juvenil en el medio rural e intermedio (1993).

15. El aumento del papel de las mujeres en el mundo asociativo español ha sido comentado en García Bartolomé, Díaz Méndez y Herrera Racionero (2002).

actores que conviven en este complejo escenario. Con unas imágenes de carácter tradicional junto a otras claramente modernas, buscan dar significado a lo rural, *crearlo* para buscarse a sí mismas en él. Por eso podría decirse que lo que desean es *construir una nueva ruralidad*.

Las mujeres que ya han tomado la decisión de permanecer nos ayudan a comprender este proceso de interiorización que conjuga el pasado, el presente y el futuro. Buscan sentido propio a la ruralidad para encontrar un lugar en este escenario confuso que mezcla valores viejos y nuevos. Ellas son conscientes de haber elegido *a contracorriente*. De haber tomado una decisión en la que los discursos dominantes sobre la juventud y sobre el medio rural asturiano apuntan más al abandono que a la permanencia. Y resuelven esta contradicción con un discurso racional y estereotipado sobre la ruralidad, apoyándose en las imágenes típicas de lo rural (los tópicos) que aparece en los discursos dominantes: la belleza de la naturaleza, la tranquilidad del pueblo. Obviamente no son razones de peso, ni para un analista ajeno a este mundo ni para ellas mismas, y podría hacernos pensar en un fenómeno de urbanización que refleja la homogeneización de valores propia de la modernidad. Pero no es así. Estas imágenes, ofrecidas a la entrevistadora de manera racionalmente consciente, representan los valores nuevos de una ruralidad asociada a la naturaleza que permite diferenciarse, significarse ante el otro, el no rural, en un contexto en el que, probablemente, la ruralidad ya no diferencia. La ruralidad asociada a la naturaleza tiene la importancia de ser una representación del medio rural que conjuga lo viejo y lo nuevo, presentando un mundo ideal e idealizado, que responde poco a la realidad, pero que sí incorpora un conjunto de signos (más que un conjunto de objetos) que ofrecen referentes identitarios, de ahí que les sirva a ellas como una forma de representar la nueva ruralidad que andan buscando.

Tiene su justificación. Cuando los elementos materiales no son suficientemente convincentes, o han perdido valor para definir la ruralidad (y ésta es la situación de estas jóvenes mujeres rurales asturianas), la identidad que otorga la naturaleza legitima su decisión de permanecer. Lo rural asociado a la naturaleza, a la belleza, a la tranquilidad, cumple así una función simbólica y se construye como soporte de significado de lo rural (González Fernández y Camarero, 1999).

Pero ellas miran hacia el futuro además de otro modo. La entrada y la salida del pueblo se establece como un aspecto esencial de la vida rural, pero no como impedimento para su disfrute. Aún en los parajes más alejados de los centros urbanos, las jóvenes que desean ser rurales ajustan sus expectativas y sus necesidades, no estrictamente al pueblo, sino al entorno. No es que las carreteras no sean suficientes y necesarias, sino que dejan de ser un problema principal, y las *autopistas de la información* son la prolongación de la ruralidad hacia el exterior, una ruralidad sin fronteras. Como dice una joven vaqueira de un pueblo de Tineo, «porque yo tengo en mente que si hoy no entiendes de ordenadores y todo eso, que no eres nadie», o la joven de Cudillero, que dice que con la tecnología le permite «tener en un terreno rural lo que pueda tener

la gran ciudad [...] y eso no es dinero..., porque no es que falte carretera, sino un poco de dinero para hacerlo llegar a todos», o la joven ganadera de Valdés, que, desde una aldea de la zona del Valledor, pide la comida para el ganado por correo electrónico. Una mayor reflexividad, otro de los rasgos de la modernidad, les hace mirar el futuro e integrar en él las novedades tecnológicas que mejoran la vida, en concreto la apertura al mundo desde la aldea.

En definitiva, tanto la visión de un mundo rural natural como la de una ruralidad abierta gracias a las tecnologías de la información, permite a las jóvenes legitimar un discurso de lo que podríamos llamar *ruralidad moderna*, por decirlo con sus propias palabras, donde es posible *ser moderna y de pueblo a la vez*. Lo rural no está ya reñido con lo moderno, todo es integrable, asimilable, y todo resulta, desde esta perspectiva, integrador, vertebrador de una nueva ruralidad.

Y son precisamente las mujeres las que nos sirven mejor para comprender este proceso por dos motivos. Por una parte, por su posición de género. Los hombres jóvenes también encuentran barreras objetivas para su inserción social y laboral en los territorios en los que viven, pero ellos, como varones, cuentan ya con un lugar propio, que tanto la sociedad tradicional como la moderna sociedad rural les ha asignado. Y salen airoso del cambio, pues la mera posición profesional les otorga una identidad. Pero esto no les sucede del mismo modo a las jóvenes. El rol tradicional les situaba en una posición de clara desigualdad e inferioridad respecto de los varones, y en esta moderna ruralidad, como hemos dado en llamar a este proceso, la mujer joven rechaza el rol tradicional pero no tiene un lugar propio. Por otra parte, por su firmeza en la búsqueda de ese lugar que les corresponde, las mujeres jóvenes no quieren el triunfo de una modernidad que conlleve la pérdida de los valores tradicionales. Esta nueva ruralidad que construyen las jóvenes representa una conjunción digna de preservar: está enraizada en las profundas corrientes comunitarias de la solidaridad y la identidad territorial tan característica de la historia del campesinado que, a lo largo de los siglos, se ha ido transformando adecuándose a los valores dominantes de la humanidad.

Por todo ello, no hay ningún otro grupo humano que represente, con tanta fuerza y con tanta necesidad, la búsqueda de una nueva ruralidad.

Conclusiones: el arraigo femenino, una pauta de modernidad

En este trabajo sobre el arraigo y el desarraigo femenino en el medio rural no hemos encontrado un mundo ni aislado ni cerrado sobre sí mismo. Las mujeres rurales analizadas viven en una sociedad abierta y global y se ven afectadas por esta apertura conformando una percepción de la ruralidad que es nueva. Ni los pueblos forman ya parte del atraso ancestral del mundo rural, ni las ciudades representan el contrapunto de la modernidad urbana. Las diferencias se han aminorado, aún así, las jóvenes se sienten diferentes y se *autocalifican de mujeres rurales* en una sociedad que pierde progresivamente su identidad objetiva y que refuerza, sin embargo, su identidad simbólica.

En este contexto, las jóvenes deben tomar decisiones sobre su futuro, y la permanencia o la marcha del territorio constituye la clave fundamental de su decisión. La elección conlleva asumir riesgos y contar con posibilidades, una pauta propia del carácter electivo de la modernidad, frente al peso de las prescripciones característico de la sociedad tradicional (Giddens, 1993).

Esta decisión no es sencilla. Las chicas se ven forzadas a resolver dos tipos de conflictos para poder decidir: se encuentran con conflictos entre géneros y con conflictos entre generaciones. Unos y otros son resultado de los cambios de la propia sociedad rural, una sociedad en la que conviven modelos de relación tradicionales, donde el papel de la mujer es secundario y pasivo y donde las generaciones de adultos orientan las relaciones, y un mundo marcado por pautas de modernidad urbana, que prima un comportamiento individualizado sobre el colectivo, y donde la mujer emerge con un protagonismo que históricamente le ha sido negado. Las jóvenes se ven obligadas a planificar su futuro en un entorno en el que los valores tradicionales y modernos entran en colisión. Esto las obliga a hacer una revisión continua de la realidad, pero esta *reflexividad* las dota de capacidad para la acción y les permite afrontar la incertidumbre.

Para algunas jóvenes la decisión es más sencilla. Estos dos mundos se polarizan, se sitúan en extremos opuestos y son percibidos como espacios de enfrentamiento sin posibilidades de conciliación. Las mujeres que afrontan así su futuro optan por diferenciar de manera extrema la vida rural y la vida urbana, y la opción de la marcha hacia la ciudad, como espacio con oportunidades, como mundo de relaciones posibles, con la libertad que ofrece la individualidad y el anonimato, hace que el abandono del pueblo sea la opción más deseada y sobre la que giran todas las estrategias de búsqueda de futuro.

Las mujeres que optan por la permanencia, o que la consideran como una opción vital posible, buscan fórmulas para solucionar los conflictos potenciales y reales que se les plantean. Éstos son los mismos que tienen las jóvenes anteriores, producto de la misma situación, del mismo mundo de referencia, pero estas jóvenes emplean otras estrategias. No están dispuestas a renunciar a lo que valoran como sus legítimas reclamaciones, la consideración de su lugar en el territorio, como jóvenes y como mujeres, ni tampoco esperan conseguirlas a partir de la confrontación con una generación que representa, probablemente, lo más tradicional del mundo rural, sus progenitores y sus vecinos.

La situación potencialmente conflictiva las sumerge en un proceso de construcción de la propia identidad mostrándonos a unos *sujetos reflexivos* que actúan para responder a una sociedad incierta y cambiante en busca de su futuro. En palabras de Giddens, ellas eligen como actuar, pero también *como ser y con quien* (Giddens, 1991: 81), y estas jóvenes tendentes al arraigo, buscan la conciliación entre los dos mundos de referencia que conocen.

Es curioso que los dos tipos de mujeres, las que tienden al arraigo y las que se orientan hacia el desarraigo, se hayan visto afectadas por los mismos *mundos*, por un conjunto de factores idénticos, característicos de una sociedad rural en transformación: a todas ellas les ha afectado el tradicionalismo de la vida

rural, tanto en la familia como en la comunidad. Todas ellas han vivido experiencias educativas tempranas fuera del territorio, que les ha mostrado una imagen del mundo urbano diferenciada del mundo rural de procedencia. Todas disfrutaban de un ocio urbano que las hace moverse semanalmente hacia las ciudades cercanas y donde encuentran espacios de relación propios de la juventud. Unas y otras ven constreñidas sus opciones laborales en el territorio. Todas ellas, en definitiva, han sido socializadas entre dos mundos, que han ido confluyendo y cambiando como la propia sociedad y como ellas mismas. Pero sus efectos son éstos: unas jóvenes optan por marchar y otras deciden quedarse.

Hay que aceptar que no hemos dado con las claves del arraigo en esta investigación, como habrían deseado los agentes sociales dispuestos a intervenir para frenar la tendencia femenina al abandono del medio rural, pero probablemente no podemos captarlo porque no existen razones para el arraigo diferenciadas de las razones para el desarraigo. Se trata de una misma decisión, es un análisis diferente de una misma realidad social. Y estas jóvenes resuelven optando por aquello que les permite crear su propia identidad, sea ésta dentro o fuera del territorio.

En tanto en cuanto el territorio en el que viven ofrezca opciones que satisfagan sus expectativas de desarrollo personal, las jóvenes buscarán su lugar en él. De momento, las chicas que lo han hecho reconocen decidir *a contracorriente*, decidir de forma poco objetiva, al margen de las opciones más visibles y dominantes de inserción social y laboral.

Habría que reconocer también que hemos llamado a esto *arraigo*, pero quizás no sea del todo correcto, en tanto en cuanto hemos denominado así a una decisión, reflejada en un hecho final de permanencia pero mediada por dudas, renuncias, presiones, esperanzas, ilusiones..., reflejo de un profundo y complejo proceso de interacción social donde el actor principal, la joven, no siempre es la protagonista. Aún así son ellas quienes nos están dando las claves para comprender de qué modo el medio rural puede convertirse en la *mejor opción*.

La decisión de estas jóvenes se apoya en la búsqueda de su propia identidad, buscan su lugar en el territorio, y en la conformación de esta identidad hay elementos individuales y comunitarios. Por una parte, es posible que los primeros puedan ser resueltos de manera más sencilla en el mundo urbano, donde la libertad individual, la igualdad entre géneros, cuenta con menos escollos; pero quizás sea particularmente significativo el comportamiento de las jóvenes que han encontrado en sus pueblos una posición digna como mujeres y como jóvenes. Ellas reclaman y ejercen la igualdad sin enfrentamientos, y sin ceder en aquello que consideran un derecho irrenunciable. En este sentido, la sociedad rural, más aún que la urbana si cabe, debe estar abierta a este nuevo rol femenino de mujer activa, protagonista de su propio futuro, y hacer un esfuerzo por la igualdad que sitúe a las mujeres en una posición social similar a la de los varones.

Por otra parte, los elementos comunitarios de esta autoidentidad son más fácilmente asimilables al mundo rural, y ahí los pueblos tienen importantes potencialidades como conformadores de identidad en una sociedad necesitada

cada vez más de ello. El mundo rural, y en particular el asturiano, aunque ha perdido una parte relevante de su tradición *familista* y *comunitarista*, sigue contando con una vida social colectiva que es una de sus pautas identitarias más características. Las jóvenes que hemos estudiado, aquéllas que eligen quedarse, a pesar de los vientos en contra, se encargan de actualizar, con su participación social en las comunidades en las que viven, este sentido comunitario del mundo rural, emergiendo ellas como protagonistas de una ruralidad participativa tan necesitada en un mundo falto de dinamismo.

En definitiva, éstas son mujeres especiales, de las que tenemos mucho que aprender para comprender mejor el futuro del mundo rural que nos espera y que ellas están construyendo para sí mismas, pero también *para* y *con* los demás.

Bibliografía

- CALLEJO, J. (2001). *El grupo de discusión. Introducción a una práctica de investigación social*. Barcelona: Ariel.
- CAMARERO, L. (2002). «Pautas y tendencias demográficas del medio rural: la población rural en la última década del siglo XX». En *Agricultura y sociedad en el cambio de siglo*. Madrid: Mc Graw Hill, p. 63-78.
- CLOKE, P.; LITTLE, J. (1997). *Contested Countryside Cultures*. Londres: Routledge.
- DÍAZ MÉNDEZ, C. (1997). *Estrategias familiares y juventud rural*. Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación. Serie Estudios, n.º 134.
- GARCÍA BARTOLOMÉ, J.M.; DÍAZ MÉNDEZ, C.; HERRERA RACIONERO, P. (2002). *Mujeres rurales en España. Análisis crítico de la producción documental (1990-2002)*. Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- GARCÍA RAMON, M.D.; BAYLINA FERRÉ, M. (2000). *El nuevo papel de las mujeres en el desarrollo rural*. Barcelona: Oikos-Tau.
- GARCÍA SANZ, B. (1999). *La sociedad rural ante el siglo XXI*. Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación. Serie Estudios, n.º 125.
- GIDDENS, A. (1993). *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza Editorial.
- (1994). *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Península.
- GÓMEZ BENITO, C. (2004). *Ecología del arraigo de los jóvenes rurales españoles*. Comunicación presentada al VI Congreso Vasco de Sociología. Bilbao, 26 de febrero de 2004.
- GÓMEZ BENITO, J.J.; GONZÁLEZ, C. (2002). *Agricultura y sociedad en el cambio de siglo*. Madrid: Mc Graw Hill.
- GONZÁLEZ, J.J. (1993). «Efectos perversos de las estrategias familiares en la agricultura». En GARRIDO, L.; GIL, E. *Estrategias familiares*. Madrid: Alianza Universidad, p. 132-144.
- GONZÁLEZ, J.J.; GÓMEZ BENITO, C. (2002). *Juventud rural 2000*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. Instituto de la Juventud.
- GONZÁLEZ, J.J.; DE LUCAS, A.; ORTÍ, A. (1985). *Sociedad rural y juventud campesina. Estudio sociológico de la juventud rural*. Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, M. (2002). *Sociología y ruralidades (la construcción social del desarrollo rural en el valle de Liébana)*. Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.

- GONZÁLEZ QUEVEDO, R. (2002). *Antropología social y cultural de Asturias: introducción a la cultura asturiana*. Oviedo: Madu Ediciones.
- MURDOCH, J.; PRATT, A. (1993). «Rural Studies: Modernism, Postmodernism and the Post-rural». *Journal of Rural Studies*, vol. 9, n.º 4.
- OLIVA, J.; CAMARERO, L. (2002). *Paisajes rurales y metáforas del lugar*. Pamplona: Universidad Pública de Navarra.
- PRINCIPADO DE ASTURIAS (1999). *Evaluación intermedia del programa operativo del Fondo Social Europeo en el Principado de Asturias (II Fase)*. Oviedo, abril (mimeo).
- PRIETO LACASI, R. (1993). *Asociacionismo juvenil. Espacio rural e intermedio*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales. Instituto de la Juventud.
- SAMPEDRO GALLEGOS, R. (1999). «Las mujeres rurales ante el reto de la desagrarización». En *Mujer y sociedad rural: entre la inercia y la ruptura*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. Instituto de la Mujer.